

jote muera como el que muera convencido de que antes había estado loco. Nos parece un nuevo engaño su desengaño, una nueva ilusión la pérdida de todas sus ilusiones: y viéndole morir y oyendo sus palabras, á las que ningunas otras igualan en grandeza y sencillez, á no ser las del Evangelio, pensamos todos en nuestra muerte y recorremos nuestra vida y reconocemos nuestro error, y tememos que aún nos queden nuevos retoños de ilusiones en el alma, los cuales, con acerbo dolor nuestro, han de ser arrancados ó destruídos.

A este íntimo arrancamiento de todo nuestro sér que la muerte de Don Quijote nos causa, no ha llegado ningún otro escritor conocido. Aquí Homero cede, calla Dante, Goethe se esconde avergonzado en su clásico egoísmo. Sólo Shakespeare puede mirar con ojos serenos esta gloria superior á las demás humanas, porque solo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en sonrisa y una sonrisa en carcajada, y al final, trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa vuelva á ser sollozo.

Y Cervantes, luego que tal hizo, como Dios, *vió que era bueno*.

CAPÍTULO LVIII

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

Satisfecho y orgulloso de haber compuesto el último libro de caballerías y de haber sacado á luz las que él creyó primeras novelas ejemplares según el modelo de los *novelieri* italianos, y más aún, siguiendo su propio arquetipo, quiso Cervantes forjar la primera novela larga de los tiempos modernos y para ello escribió, en los descansos que le dejaban las comedias y *Don Quijote*, la *historia setentrional* de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*.

Al componerla se dejó llevar Cervantes de la inclinación de todos los viejos á alardear de que conservan viva, fresca y lozana la fantasía juvenil. Aunque la repetición sea fastidiosa, recordemos la segunda parte del *Fausto*, el exceso y tropel de la fantasía que en ella puso su autor y la confusión y perplejidad en que el lector se vé entre tan variadas y dispares representaciones.— Aquí—pensó Cervantes, como pensó Goethe, como pensaron y piensan otros ilustres viejos—voy yo á echar y á poner de mi cosecha todo cuanto sé y cuanto me imagino, para que los venideros piensen de mí que aún hubiera podido vivir doscientos años componiendo obras maestras de todo linaje.—Y sin querer, le resultó la obra más libro de caballerías que el mismo *Quijote*, no en el sentido de que encarnase ningún ideal inasequible, sino en el de ser un libro de camino, un libro en el cual no se encuentra reposo, en el cual la casa, la quietud, el sosiego salen derrotados siempre.

Pero no se hable ahora de cómo realizó su intento, sino más

bien de lo que intentó. Al acometer la empresa que él creía magna é inmortalizadora de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, ya se había persuadido á medias ó á enteras Cervantes de que, alzado Lope con la monarquía cómica, no era posible atraer al público, influir sobre él (fines á los que, naturalmente, aspira todo autor, queriendo ó sin quererlo, por medio del teatro. Un grande hombre no intenta nunca minar el terreno á otro grande hombre ni ocupar un puesto ya ocupado por él.

A regañadientes y con todas las reservas mentales posibles Cervantes cedía el mero y mixto imperio del teatro á Lope, si bien, para sí mismo, estaba seguro de que *El engaño á los ojos*, y algunas otras de sus comedias no publicadas, aventajaban á todas las de Lope. Trabajo grande le debió de costar el arrancarse esta ilusión de anciano, pero así lo hizo, dejando al vulgo siempre vulgo del teatro que se entretuviese y distrajera con disparates. La rapidez de la acción, la escasa inteligencia ó las malas artes de los actores, la no templada cólera, impaciencia y desatención del público, por Cervantes notadas tantas veces, hacían necesario que en el teatro el arte se abajara y redujese á una habilidad ó maña de que él carecía. Nunca estos grandes genios indulgentes y benévulos, estos pintores prácticos de la vida, como llama Sainte-Beuve á Cervantes, fueron apropósito para recortar la realidad en actos, ni ménos para mutilarla, presentando sólo las partes angulosas y esquinudas de ella, en perenne batalla.

Conocía Cervantes que su natural no le guiaba, como á Lope, por el camino de la iracundia y de la violencia, que son necesarias para concebir furiosamente, modelar á trastazos y hablar á gritos, con objeto de que las distraídas cabezas de los espectadores, atentos á sus negocios, á sus pasioncillas, á sus comodidades ó á sus pláticas sabrosas, se vuelvan espantadas, ó al ménos interesadas hacia el escenario.

Comprendía Miguel que era inútil poner en lo escrito, si había de ser representado, más humanidad de la que tolera una muchedumbre amontonada en un corral. Todos somos humanos, complacientes y pacienzudos á solas, como destemplados, intolerantes y despreciativos cuando formamos parte de una multitud.

Esa masa desconocida, que componen el señor desengañado y casero, la doncella ó la dama que no van al teatro, el religioso conocedor del mundo, el hombre maduro en quien la reflexión predomina, era el público de Cervantes, como es siempre el público de los novelistas, y raro es que, en alguna ocasión coincida con la muchedumbre agitada, callejera, tumultuosa, irreflexiva de azotacalles y gentes sin hogar, de señoritas y caballeresos deseosos de exhibirse, de novias y novios, de amantes y queridas, de seres aburridos y cansados á quienes un gran aburrimiento ó una curiosidad de ver acciones muy propia de quien es incapaz de realizarlas, conduce al teatro. En otro lugar, cuando pase algún tiempo, se estudiará el público de Lope y se le confrontará con el de Cervantes. Aquí no se ha de advertir sino que son muy distintos y lo eran desde aquel tiempo ambos públicos. Por si alguien no reparaba en ello, ya tiene Cervantes buen cuidado de notar, en la segunda parte del *Quijote*, las cualidades y condiciones de las personas que habían leído la primera.

Pero, sin dejar de conocer esto, quizás el mismo Cervantes echaba de ménos un poco de acción en la segunda parte del *Quijote*, en la cual, salvo en los capítulos referentes al castillo de los duques, la reflexión predomina, si no material, espiritualmente y cada aventura parece reflejo, consecuencia ó faceta distinta de un mismo pensamiento que con lógica va extendiéndose por la obra. Acaso y sin acaso Cervantes llegó á dudar de que su obra produjese todo el efecto apetecido por falta de rapidez y multiplicidad en la acción: acaso también se propuso halagar, buscar á aquel público abundantísimo que Lope tenía ya seducido y arrebatado con la magia y fecundidad de las acciones hormigueantes en sus obras. Era preciso, necesario hacer un gran libro de camino, de aventuras disparatadas y fantásticas que, fuera de toda razón y método, conmovieran y enajenasen á aquel público hecho ya á ver en tres horas sucederse los más extraordinarios hechos y fingirse las más increíbles historias.

Para ello, buscó un dechado en la novela griega del decadente Heliodoro *Theágenes y Chariclea*, de la cual salieron tantas otras desvariadas ficciones y comenzó por imaginar á sus héroes

de un modo completamente exótico y extraño á toda realidad, haciendo al varón Persiles hijo del rey de Islandia y á la enamorada Sigismunda hija del rey de Frislandia. Para representar lo que la fantasía de Cervantes, educada en la lectura de libros caballescros y en la visión de las más increíbles hazañas y de los más raros peligros, hizo en los dos primeros libros del *Persiles*, no encuentro nada mejor que recordar las curiosísimas cartas geográficas que, por mandado del emperador Carlos V, dibujó y publicó en Colonia el famoso geógrafo holandés Gerardo Mercator, desde 1560 á 1595. Examinad esos interesantes mapas, cotejadlos con otros de los modernos y veréis cuán deforme y extraña noción tenían de la verdad, según hoy la concebimos, aquellos hombres que por mares y costas se arriesgaban, sin conocer nada á fondo ni con la exactitud indispensable para la navegación. Todos los continentes le parecían á Mercator mucho más anchos y más cortos que son en realidad. Africa es casi redonda, América parece una de esas nubes pesadas é informes de verano, la península escandinava tiene una infinidad de jorobas que sólo existían en la imaginación del buen Mercator ó de los aterrados navegantes que le suministraban datos é informes y en quienes el recuerdo de los pasados peligros abultaba las cosas, confundía las imágenes y trastrocaba las distancias y las proporciones. Parecen mapas del país de la Quimera, cartas del reino del Absurdo, y nos maravilla que con tan flojo auxilio pudiesen los marinos navegar, los generales mandar ejércitos y los monarcas dictar leyes y gobernar tan mal conocidos países.

Muchas veces, remirando esos mendaces mapas he pensado qué hubiera sido para Felipe II, cuando el sol no se ponía en los dominios españoles, poder contemplar un hermoso planisferio de los que dibuja Stieler, en vez de aquel pequeño y embustero globo terráqueo de metal que en su celda escurialense tenía. ¡Qué hubiera sido asimismo para Cervantes, puesto á escribir *historias setentrionales* conocer de veras el grande, poético misterio del Septentrión, olfatear sus maravillosas leyendas, incorporarlas á nuestro caudal estético, trasladarlas á nuestro idioma! Ya conocía él, al emprender los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* que por

el Septentrión podían hallarse nunca vistas noticias, jamás sabidas ideas ni experimentadas sensaciones, pero, por desgracia suya, todos estos nombres de Islandia, Frislandia, Lituania, la isla bárbara, la isla nevada y la isla de las Hermitas no representan sino vagas é imprecisas visiones, como los nombres de Periandro y Auristela, de Rutilio y Transila, de Arnaldo y Sinforosa, de Policarpo y Zenobia no responden á criaturas humanas, sino á seres indistintos, de ficción y de ensueño.

A los que, fatigados de la realidad ó hartos de ella ó, cual suele ser más frecuente, desconocedores de las inagotables hermosuras del mundo, gustan de esos libros de pesadilla, en donde la marcha del pensamiento y de la acción no van sujetas á ningún criterio lógico ni á ninguna razón humana, bueno será recomendarles los dos primeros libros del *Persiles*, tan dignos por lo menos de ser notados entre las grandes obras puramente imaginativas como las fantasías literarias de Tomás de Quincey ó los pictóricos ensueños de Arnaldo Böcklin. Examinad atentamente el famoso cuadro *La isla del misterio*, de este originalísimo creador, y decidme si no os figuráis como algo semejante las islas que en los dos primeros libros del *Persiles* imaginó nuestro inmortal autor. De este modo comprobaréis cómo no hay en lo moderno ni en lo antiguo forma ó manifestación alguna del gusto creador ni del arte delicado que por él fuera desconocida ó hacia la cual en alguna ocasión no dirigiera sus ojos y encaminara su voluntad. Los dos primeros libros de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* se dirigen, pues, á una parte del público á quien Cervantes imaginaba ansiosa de nunca sentidas sensaciones, hambrienta de nunca vistos sucesos. En imaginarlos puso lo más sutil de su alma y también lo más cansado y trabajado de ella.

Pero, terminados estos dos libros primeros, se le ocurrió al autor esta sencilla, esta humana consideración con que empieza el tercero: "Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento y no pueden parar ni sosegar sino en su centro..... no es maravilla que nuestros pensamientos se sucedan, que este se tome, aquel se deje, uno se prosiga y el otro se olvide, y el que más cerca anduviese de su sosiego, ese será el mejor, cuando no

se mezcle con error de entendimiento.» Así, al fatigado pensar de Cervantes, vinieron nuevas ideas que ya eran viejas en él, cuando logró sacar de las regiones del Septentrión, donde se hallaban enredados en inextricables aventuras, á los principales personajes de su cuento. Y teniéndoles en el mar ¿dónde había de llevarles el viejo poeta sino á Lisboa, á la amada ciudad de sus mejores años?

Gozoso y alegre, como quien toca tierra después de un larguísimo navegar, pone Miguel en labios de Antonio aquel magnífico elogio de Lisboa, dulce, grato y bien sonante, como requiebro de viejo enamorado: «Agora sabrás, bárbara mía, del modo que has de servir á Dios: agora verás los rincos templos en que es adorado, verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto: aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo: aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos: la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia y la bravura no consiente que se le acerque la cobardía: todos sus moradores son cortesés, son agradables, son liberales y son enamorados, porque son discretos: la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos: en ella se descargan las riquezas del Oriente y desde ella se reparten por el universo: su puerto es capaz, no sólo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas móviles de árboles que los de las naves forman: la hermosura de las mujeres admira y enamora, la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen: finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo...»

Los dulces recuerdos de Lisboa sacan el pensamiento de Cervantes de las regiones fantásticas por donde había volado. Ellos le hacen revivir su juventud, ellos le traen de nuevo á los caminos trillados y conocidos, ellos ponen al libro en el terreno de la verdad y hacen seguir á sus personajes una ruta cierta por lugares como Lisboa, Badajoz, Guadalupe, Trujillo, Talavera, Toledo, la Sagra, Aranjuez, Ocaña, Quintanar de la Orden y otros cual estos

conocidos y vulgares. Aquí la fantasía pura y descarriada pierde sus fueros y la verdad se impone y señorea la fábula hasta el punto de sacar á relucir en Trujillo á «dos caballeros que en ella y en todo el mundo son conocidos: llámase el uno Don Francisco Pizarro y el otro D. Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en todo extremo generosos», como si con esta evocación de dos nombres tan ilustres y de tan heroica resonancia quisiera Cervantes mostrar al mundo que no era necesario subir á las regiones septentrionales para tropezar con estos grandes paladines de lo desconocido y escrutadores valientes de lo misterioso y habitantes de las regiones oscuras, nunca antes holladas.

Sucédense unos á otros en esta parte de la narración los episodios reales y posibles, como el de Feliciano de la Voz, el de la chata vieja peregrina, en quien se columbra la imagen de la muerte, la romera misteriosa que siempre aparece inesperada, y el del polaco Martín Banedre, que es, sin duda, relación de un caso real y cierto, por el mismo Cervantes visto. Llegan los viajeros al río Tajo, divisan las torres y muros de Toledo y Miguel no puede contener las dulces memorias de los tiempos lejanos ni dejar de oír el rumor sonoro del noble río, cuyas aguas repiten á las distraídas edades

el dulce lamentar de dos pastores.

«No es la fama del río Tajo—exclama lleno de poético ardimiento—tal que la cierren límites ni la ignoren las más remotas gentes del mundo, que á todos se extiende y en todos se manifiesta y en todos hace nacer un deseo de conocerle.... y así por esto como por haber mostrádose á la luz del mundo aquellos días las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega y haberlas él visto, leído, mirado y admirado, así como vió al claro río, dijo: (Periandro) no diremos: *aquí dió fin á su cantar Salicio* sino: aquí dió principio á su cantar Salicio: aquí sobrepujó en sus églogas á sí mismo: aquí resonó su zampoña, á cuyo són se detuvieron las aguas deste río, no se movieron las hojas de los árboles y parándose los vientos, dieron lu-

gar á que la admiración de su canto fuera de lengua en lengua y de gente en gente por todas las de la tierra: oh, venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas ¿qué digo yo doradas? antes de puro oro nacidas, recoged á este pobre peregrino que como desde lejos os adora, os piensa reverenciar desde cerca: y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo fué esto lo que dijo: ¡Oh, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos para volver á resucitar su muerta gloria y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve, pues, oh ciudad santa,.....

El itinerario que los personajes del *Persiles* van siguiendo hasta Roma es el mismo que, según se ha visto ya, siguió Miguel cuando joven, criado de Monseñor Julio Aquaviva.

En su desilusionada vejez reaparecía á los ojos del anciano poeta la esplendorosa visión de Italia, de donde él se creía desterrado. Así en estos dos libros últimos del *Persiles* va sembrando los gratos recuerdos de su mocedad. No es el viejo vulgar, para quien cualquiera tiempo pasado fué mejor: seguro está Miguel de que en toda razón y con justicia completa puede afirmarse que fueron mejores los tiempos pasados, y no es por una simple incidencia de la narración por lo que nombra á Pizarro, á Orellana y á Garcilaso de la Vega, sino porque está persuadido de que aquellos eran otros hombres más hombres que los de los tiempos presentes, más bravos en la acción y más sazonados en la palabra. Cercano ya á la muerte, va haciendo Miguel un como resumen é inventario de los grandes amores de su vida y por eso los biógrafos, si quieren trazar, con la figura exterior y la relación de los hechos conocidos, un poco de la interior verdad que en el pecho de Cervantes habitaba, no deben despreciar el libro este peregrino de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, antes bien deben estudiarle y analizarle palabra por palabra y línea por línea, con el mismo cuidado y atención que el *Viaje del Parnaso*.

Para contentar á sus lectores y singularmente para entretener las ociosas horas del conde de Lemos y de sus aristocráticas

relaciones, compuso Miguel los dos primeros libros del *Persiles*. En ellos mostró cuán poderosa y fértil era aún su fantasía y cómo acertaba á entrever, cuando se le ofreciera la ocasión, desconocidos mundos é ignotas regiones y á provocar en el ánimo de quien le leyese aquellas excitaciones nuevas cuyos resortes sólo poseen los grandes genios: pero al doblar la cumbre de los dos primeros libros, el solariego, el castellano realismo se apoderaba de su pluma, los personajes de la fantástica narración iban cobrando vida, los incidentes y episodios á la verdad se asemejaban, los lugares representaban paisajes, ciudades, rios, bosques conocidos y verdaderos y hasta el lenguaje adquiría una precisión, claridad y firmeza, ni siquiera por el mismo autor superada en ninguna otra obra suya. No creó Cervantes la *novela larga* española, como algunos autores han dicho, aunque imitaciones de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* se escribiesen al mismo tiempo y salieran poco después de ella, y algunas tan bellas y dignas de aprecio como el *Caballero venturoso* del cordobés Juan Valladares de Valdelomar. Imitadores de Cervantes en el *Persiles* fueron también, entre otros muchos, Suárez de Mendoza y Figueroa en su *Historia moscóvica de Eustorgio y Clorilene*; Francisco de Quintana en su *Hipólito y Aminta*; Cosme Gómez Tejada de los Reyes en el *León prodigioso*, etc., etc. Apartada la atención pública de los libros de caballerías, en lo cual no poco influyó el *Quijote*, aunque no tanto como se ha dicho, la necesidad de acción poética experimentada en todo tiempo por la muchedumbre se satisfacía con el teatro, todo acción é intriga en manos de Lope, de Tirso y de Vélez de Guevara. Por otra parte, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* no son sino en parte, porque así lo quiso su autor, imagen de la vida.

Aún es pasmoso, mirándolo bien, que á quien había mostrado en la segunda parte del *Quijote* el más amplio y universal concepto del vivir, exponiéndolo en tan sintética manera, le quedasen bríos para presentar, al mismo tiempo una pintura analítica, una galería de cuadros y de historias tan diferentes, unas ciertas, otras artificiales y fingidas cual las que en el *Persiles* se contienen.

Cervantes no llegó á ver impresa su última obra, pero sí terminada y corregida y revisada y limada por él con tanto amor como ningún otro libro suyo. Aquí, en este libro injustamente olvidado, es donde realizó aquella promesa suya del *Viaje del Parnaso*, en que ofrecía

cantar con voz tan entonada y viva
que piensen que soy cisne y que me muero.

CAPÍTULO LIX

LA ÚLTIMA ENFERMEDAD.—EL CORAZÓN Y EL CEREBRO

En los primeros meses del año 1616 el viejo hidalgo volvió á Esquivias, donde se hallaba su mujer doña Catalina de Palacios. Recio le apretaba á ratos su mal, no tanto que agotase su heroica paciencia. En trances tan fieros y apremiantes se había visto desde muy joven que ni los dolores le sobrecogían ni las esperanzas le desamparaban. En ocasiones, cuando aquella intolerable é insaciable sed de los hidrópicos le acometía, necesitaba recurrir á toda su acumulada resignación de tantos y tantos años para no desesperar por completo. Luchaba el cerebro siempre joven y alegre con el corazón viejo y entristecido, y no vaya á creerse que esta lucha es una metáfora puesta aquí por el autor, sin que la confirmen el diagnóstico y dictamen de un ilustre profesor de Medicina, el doctor Gómez Ocaña, que con tanta lógica ha estudiado y expuesto la *historia clínica de Cervantes*. Sus sabias palabras no pueden faltar al término de ninguna honrada biografía de Cervantes.

«¿Por qué enfermó del corazón el *escritor alegre*?—dice el doctor Gómez Ocaña.—Toda la vida de nuestro historiado se condensa en lo externo, en una constante solicitud, jamás satisfecha, de medios para el sustento. Este pretendiente de por vida aparece, en lo interno, altruista como no lo hubo ni lo hay, á no ser Don Quijote, su hechura. Lógico es que enfermase del corazón el que le tenía tan grande, máxime cuando le sobraron ocasiones para sufrir.

»Las prendas intelectuales y morales del príncipe de los In-